

---

### III - ENTREVISTAS

---

Fernando Devoto

Entrevistadores: Nancy Aquino (UNC), Miguel Jara y Víctor Salto (UNCo)

*-Dr. Devoto nos interesaría empezar con algunas reflexiones sobre la historiografía de nuestro país; cuál sería, a modo de balance general, su opinión sobre el campo de producción disciplinar por lo menos en las últimas décadas.*

-Pregunta comprometida, no sé si tengo una respuesta acabada. Para acotarla temporalmente, hablaremos desde la transición democrática. Creo que hay bastante consenso que la historiografía avanzó mucho en los últimos veinte años, en calidad, en cantidad de temas. Hoy hay un aceptable nivel medio de producción, eso es lo importante, creo que la historiografía no se mide por algunas figuras sino por lo que consideramos una producción estándar. O sea, entiendo que los avances en niveles de profesionalidad han sido importantes por muchas razones: la continuidad institucional, el marco democrático, el incremento de los recursos. Los recursos se ven -me parece- en dos vertientes. Una, la cantidad de cargos con dedicación exclusiva que, aunque es pequeña, es mayor que la que existía en los '60, momento en el que además había muchas menos universidades. Otra, la aparición de mecanismos de subsidio a la investigación que si bien también existían precedentemente, en el área de Ciencias Sociales eran muy reducidos. Si uno se detiene en los años '60, había pocos grupos que tenían mucho dinero procedente de subsidios externos. Hoy, yo diría que la mayor parte de la financiación es interna y está más distribuida. Creo también que hay una buena cantidad de gente formada afuera, en muchos lugares distintos no un único centro, lo que también es bueno. Hay además programas de doctorados, que tampoco existían antes; o sea, creo que se ha generado una masa

crítica bastante considerable. Esto sería lo que uno podría considerar avances sin discusión, aunque por cierto, las cosas positivas tienen también dimensiones discutibles.

Podríamos pensar en dos o tres cuestiones. Una es que acá en Argentina, pese a todo, no se consigue un marco de estabilidad y consenso compartido por el conjunto de los practicantes de la profesión. Esto genera recurrentes niveles de conflictividad no procesados a través de mecanismos admitidos por los distintos grupos. Creo que eso le da -si uno compara la historiografía argentina con otras historiografías- cierto nivel de incomunicabilidad. Para decirlo de una manera sencilla: no todos juegan el juego con las mismas reglas. Eso hace que haya inevitables ruidos. Otra cuestión tiene que ver con la evolución de los horizontes de expectativas de los jóvenes que siguen historia. En este sentido podría uno discriminar tres grupos: por un lado, aquellos que ven en esto una profesión -más allá de que les interese o no el pasado por cuestiones políticas. Grupo que es -me parece- más minoritario que en otros contextos nacionales. Ciertamente la profesión de historiador puede ser dos cosas: ser un historiador o ser un profesor de historia. Así la profesión tiene dos vías, pero en cualquier caso es una profesión. Un segundo grupo ve la historia solamente como herramienta de transformación de la sociedad. No tengo nada en contra. Sin embargo me preguntaría si la historia es un instrumento para la transformación a la sociedad transformando la profesión? o ¿es un instrumento para transformar la sociedad en la sociedad? Creo que este es el problema. Hay ahí un elemento problemático porque efectivamente la sociedad no se va a cambiar cambiando la profesión. Esto es cteo, en el mejor de los casos, una ilusión, en el peor, un auto engaño. Entonces, no me parece mal que esta profesión pudiese formar cuadros políticos, sólo me parece mal que los cuadros políticos operen en el seno de un ambiente tan restringido como el de la profesión. Y acá sí hay una diferencia importante, y no sé si hablar a favor de los años '80 o de los '60, y es lo siguiente: en los años '60 había una distinción más clara entre lo que podríamos llamar historia profesional e historia militante. Los historiadores militantes tenían un público, o aspiraban a tener un público. El lugar desde el que opera-

ban era sustancialmente el de la sociedad civil e inversamente no aspiraban a hacer carrera académica. Si uno piensa cualquier nombre que se les ocurra: Rodolfo Puiggrós, Milcíades Peña, Abelardo Ramos, el nombre que ustedes quieran, no eran académicos, criticaban a los académicos; su lugar de enunciación era externo. Una de las características curiosas de los años '80, que no es sólo argentina, es que todo el mundo está adentro del campo profesional. Todo el mundo cobra un sueldo universitario, todo el mundo -casi todos- aplican el programa de incentivos, piden subsidios, etc, etc, aspiran a ganar los concursos, entonces todo esto genera una especie de doble lógica interna en el campo profesional. Hay además otros lugares, si uno lo que quiere es encontrar un público, que son mejores lugares que el de los cultores de la profesión. Siempre pongo el ejemplo de Ingenieros. Ingenieros escribe la evolución de las ideas en el '17, dice "yo no voy a escribir para niños, o sea, no voy a escribir para el sistema escolar, voy a escribir para los jóvenes". Es decir aspira a hablarle a un público mucho más amplios que el de los estudiantes. Creo que acá se repite un proceso que se vio en otros contextos, europeo y norteamericano; el sistema fue capaz de absorber a los jóvenes contestatarios e introducirlos dentro de los mecanismos del sistema. Los hace ineficaces como historiadores -si son consecuentes con su horizonte ideológico- y los hace ineficaces como militantes políticos porque pierden demasiado tiempo haciendo informes y papeles, propios de la actividad académica. Por esas razones o por otras, se genera un nivel de conflictividad y a veces uno diría niveles de agresividad que uno no encuentra en otros contextos. Diría que ahí hay un tema, no sé cómo se soluciona, quizás, lo resuelva otra generación de historiadores más jóvenes.

Creo así que tenemos en algunos planos lo que se llamaría un nivel de ciencia normal, por ejemplo en el nivel de producción. Empero, el segundo problema, se da a nivel de la problemática de esa producción. Se han hecho muchas críticas a los historiadores profesionales en relación con el tipo de temas que abordan y con el interés social de esos temas, quizás reflejen alguna situación más general de la crisis del historiador en la sociedad contemporánea. Tendría que ver con la pregunta que ha-

ce Marc Bloch en *Introducción a la historia*, cuando hablando imaginariamente para su hijo dice: *¿papá, para qué sirve la historia?*. A veces perdemos de vista para qué hacemos lo que hacemos; entonces ese lugar se ha ocupado y dejado para un historiografía de muy mala calidad, que sin embargo tiene un público mucho mayor que el que tienen los géneros profesionales. Son problemas que tienen que ver con los niveles de especialización y creo que un modo de intentar resolverlo es volver a pensar en los grandes temas o grandes problemas, o volver a pensar en eso que me habían dicho alguna vez cuando empecé a estudiar, si no hay problema no hay historia. Yo creo que a veces no hay muchos "problemas" en lo que los nuevos profesionales hacen y ahí veo un déficit y ese déficit tiene un impacto, me parece, interno; y tiene también un impacto en la relación que establecen los historiadores con la sociedad.

*-¿Eso tiene que ver con la formación inicial? ¿Con el nivel de profesionalización?*

Hay dos posibilidades. Una es general, tiene que ver con la historia hoy en el mundo, nunca hay que ver sólo lo de los rasgos excepcionales de un caso, el caso argentino. Otra explicación, en cambio, estaría más centrada en los andariveles militantes que toma la historiografía argentina, de fines de los '60 y de los '70, que se construye en la transición democrática como contra-modelo. Eso puede haber orientado hacia un tipo de historia profesional que aspira a niveles técnicos incompatibles con la comunicabilidad de los resultados. Entonces hay un contexto general y, además, algunas características argentinas específicas. Creo que hay que volver a pensarlo. Sin embargo, la historiografía profesional ¿no puede pensar grandes temas? Yo creo que sí pero no siempre ha ocurrido. Si pensamos en ese ejemplo de la historiografía profesional argentina que fue la llamada "nueva escuela histórica", Levene, Ravignani, la verdad es que los temas que hacían y la forma en que los presentaban tenían muy poco interés. Ello sugiere que quizás hay algunas incompatibilidades entre lógica académica y horizontes del discurso. Ahora, si es así inevitablemente no hay nada para hacer. Sin embargo quizás podamos dar una respuesta un poco más voluntarista y decir que los histo-

riadores pueden y tienen que volver a pensar en la Argentina, si es que alguna vez la han pensado. Porque Argentina fue pensada muchas veces más desde el ensayo que desde la historia. En cualquier caso, la respuesta es compleja y hay ahí un nivel de insatisfacción, por lo menos en mí, no hablo por la corporación profesional, hablo personalmente. Si uno ve las listas de best-sellers hasta donde sean representativas que es lo que ve Lanata, Pigna, Pacho O'Donnell. Muy pocos libros de historiador profesional, están tirando más de mil ejemplares, es muy poco. Entonces la pregunta vuelve a ser ¿cómo se llega a la sociedad?. Seguramente no sólo depende de nosotros ¿la sociedad tiene interés en consumir una historia que no sea simplemente una historia pasatista, para leer en la playa debajo de la sombrilla? No lo sé. Aspiramos a una historia más compleja y más problemática y a lo mejor no hay un público para eso, a lo mejor el historiador ya no ocupa el lugar que ocupaba hace cincuenta años, digamos así, como predicador.

*-Entonces, en este contexto, habría que pensar de alguna forma en el trabajo del historiador.*

-Yo creo que sí, la pregunta me parece es: ¿cómo es posible compatibilizar? hacer una buena historia -sacaría el rótulo profesional- que tenga sentido e impacto sobre la propia sociedad. Porque también existe una contradicción aquí, cuando la historia es más didáctica, más simple, más lineal, más antropomórfica, es más eficaz políticamente. ¿Cómo se puede hacer una historia compleja? -la complejidad en la historia implica pensar en la complejidad de los argumentos de los distintos sectores sociales- y que esa historia a su vez sea una historia que tenga una -no me gustaría utilizar la palabra utilidad- valencia social, una valencia en la sociedad. Ahora eso también tiene que ver con el rol del historiador, que no sé cuál es o cómo lo definiríamos.

*-Usted ha pensado, en este contexto que describe y también considerando este cuadro de situación a partir de los '70, que esto se difundió como la crisis de los viejos paradigmas.*

-Los viejos paradigmas seguro están en crisis, eso es una realidad; ahora, ¿con qué los vamos a sustituir? Que estos paradigmas estén en crisis no quiere decir que no se deban construir otros; están en crisis, porque no le sirven al historiador como instrumento para manejar analíticamente los niveles de complejidad del conocimiento del pasado al que hemos llegado, entonces eso los pone en crisis.

*-Específicamente en el marco de la historiografía argentina ¿ha dado respuestas positivas en las últimas décadas a estos problemas?*

Bueno, hay una cosa un poco más dramática, no sé si la historiografía argentina es generadora de lo que podríamos llamar paradigmas o más bien teoría historiográfica. Creo que ha sido más bien una historiografía receptora más que precursora. Y esto vale para todos, aún aquellos que planteaban la discusión sobre la posibilidad de conocer de modo más fecundo el mundo desde la periferia que desde el centro, por que aún ellos, usaban teorías esbozadas en el mundo que llamamos centrales, aunque fuesen de otra matriz. Dicho eso no creo que haya una limitación insalvable el hecho de estar en la Argentina. Por el contrario creo que una ventaja que podrían tener los historiadores argentinos es el estar abiertos a una heterogeneidad de influencias. Muchas veces, sobre todo de historiografías europeas, son muy autocentradas y eso las empobrece. Nosotros podríamos realizar síntesis que reciban distintas influencias, pero hay que proponerse hacerlas.

*-Yo pensaba, algo que me viene dando vueltas, en realidad lo discutíamos hoy con mi compañero, si puede la historia liberarse del pasado, intentando la reconstrucción de estos llamados "procesos recientes", en función del objeto, en función de la objetividad-subjetividad en la reconstrucción del tiempo.*

-Hago una pequeña digresión que a lo mejor pueda dar respuesta a tu pregunta. Yo estoy volviendo, llegué el martes de Italia, de Génova, donde esta discusión se presentó. En realidad se planteaba más bien la relación entre historia y memoria, o sea si el historiador debe tratar de conocer el pasado, o si el historiador debe construir una memoria. Y la

cosa se vuelve a plantear en dos términos: si el historiador destruye mitos, o sea si ese historiador tiene pensamiento crítico, o es un constructor de mitos, cualquiera sean ellos: el mito de la nación, el mito de la clase obrera, el que quieran. La construcción de mitos está asociada con la memoria. Esta discusión la tuvimos el viernes pasado, es una pregunta que no es sólo local.

Segunda cuestión, acerca de lo que vos decías. Yo coincidiría en esto: el problema de un historiador no es el pasado, el problema de un historiador es el tiempo. Entonces efectivamente no se presenta a priori desde el punto de vista conceptual ninguna objeción irreparable a lo que se llama historia del tiempo presente o reciente, acerca de la cual no soy para nada competente. Además yo diría que el problema mayor, tampoco es el problema de la objetividad, como la vieja historia lo presentaba. A mí me parece que el problema mayor es la disociación entre la propia percepción de los procesos -en tanto procesos vividos en nuestra experiencia- y esos procesos entendidos como objeto a indagar. Creo que ahí existe el problema, no es el problema de la memoria e historia en general, sino el problema de nuestra memoria y nuestra operación histórica.

Yo viví el '73, tengo una idea. No lo he estudiado pero tengo una tendencia muy fuerte a pensar que desde el punto del '73 íbamos al '76; ese era el lugar es desde donde yo lo miraba. Entonces esa operación de toma distancia que el historiador tiene que hacer con respecto al objeto, me parece que es más problemática, pero no más problemática por razones ideológicas, sino más problemática por razones experienciales.

*-Es como más difícil de objetivar...*

-Es como más difícil sacarlo de uno y ponerlo afuera...

*-Más cuando existe un acontecimiento ya de por sí cargado de subjetividad.*

-Seguro, exactamente, pero, por otro lado este problema está presente en otras ciencias sociales que trabajan con el tiempo presente o sea no hay ningún problema irresoluble. El tema con la historia en tiempo presente es que el cuadro cronológico es corto y creo que es muy difícil percibir dinámicas de procesos más largos y aquí hay que recordar que si el historiador tiene cierta especificidad en cuanto a su análisis, es que el suyo es un análisis de continuidad y de cambios en el tiempo, creo que ese es un eje importante. Otro es que el historiador tiene mucho menos habilidades o si se prefiere instrumentos que otras ciencias sociales y eso es una cosa que yo creo no hay que olvidar. Viceversa algunos de los puntos fuertes del historiador quizás son menos valorizables en el tiempo presente. Por ejemplo, el historiador tiene una cierta heterogeneidad en su formación, que le da una cierta flexibilidad analítica, si se quiere se puede llamar a eso multidisciplinariedad aunque sea una multidisciplinariedad muy poco pensada, más bien de hecho. El historiador tiene una formación en general con muchos límites y eso con relación a otras ciencias sociales. Trae un poquito de cada cosa y de nada sabe mucho. Tiene un nivel de formalización teórica y de modelización muy bajo, niveles de sofisticación analíticos, en general, también bajos; y niveles tecnológicos menores que otras disciplinas -pienso sobre todo en economía, demografía, sociología, la vieja sociología más que la sociología que se hace hoy también con bajos niveles de tecnificación. La contraparte de la flexibilidad es que el historiador corre el riesgo de no saber hacer nada. Eso también pasa hoy, en parte, en la geografía. Son disciplinas heredadas del siglo XIX, con un enfoque más generalista y creo que eso lleva en muchos casos a tipos de matrimonios algo apresurados con otras ciencias que me simpatizan poco.

*-¿por ejemplo?*

-Semiología, literatura, yo nací en una generación que creía en el dialogo entre historia y las ciencias sociales, y sigo creyendo en eso, pero no está de moda.

*-¿y la narrativa?*

-La narrativa está muy de moda, me parece que la narrativa tiene un punto importante en lo que hace a una autorreflexión acerca de cómo construimos nuestros argumentos; porque eso es importante pensar en torno a ello y porque además nos debería orientar a hacer más explícitas nuestras ideas sobre nuestros procedimientos discursivos; en eso estoy de acuerdo. En cambio estoy menos de acuerdo con lo que llamaríamos, por tomar la frase del libro de Hayden White, el contenido de la forma. A mí la forma no me interesa, me interesa el contenido, o sea, cuando leo un historiador estoy pensando en lo que quiere decir. Puede ser un defecto mío porque soy ya demasiado viejo, pero estoy pensando en la hipótesis, qué quiere demostrar, cuáles son sus argumentos, contra quién está usándolos, si puede ubicarse en tal horizonte historiográfico, en tal horizonte ideológico. Por otra parte si miro los textos de forma retórica, nos saca de cualquier posibilidad de dar un cierto sentido social a lo que hacemos y eso también debe ser dicho.

*-¿Y la nueva historia política? La renovación fue interesante —me parece— no sé si hubo un desarrollo, pero de alguna manera significó un repensar lo político, a veces tampoco está claro el tema.*

-Bueno, pensando ventajas y desventajas, creo que el proceso de encontrar en la política una explicación para la política, en medio de la política, me parece que fue parte de un análisis necesario luego de la crisis de subalternidad de la política a la economía o a la sociología o, digamos así, a los enfoques sociales estructurales. Ahora, en muchos casos creo que se fue demasiado lejos, o sea me parece que tendríamos que volver a pensar la relación entre sociedad y política, yo no creo en la autonomía de la política y tampoco creo en los viejos esquemas en los cuales la política es reflejo de la estructura de clases sociales o de cualquier otra estructura. De ahí a autonomizar la política y no ver la política, por lo que es, una relación entre personas o sea una relación social, creo que hay un trecho y me parece que la pregunta vuelve a ser individuo-sociedad.

*-Bueno, yo creo que hay que repensar el problema, es como volver al principio, a la lectura de los clásicos.*

-Si querés, es como decir: el viejo papel de la historia de la sociedad, la historia política es parte de la historia de la sociedad; ahora, además, muchas cosas que se venden como nueva historia política son, a veces, peores que la antigua, quiero decir, no nos va a resolver el problema el uso de algunos términos sofisticados que tomemos de la filosofía política o en la ciencia política. La buena historia, vieja o nueva se hace con buenas hipótesis, adecuados instrumentos analíticos y mucho trabajo.

***-De nuevo hay que volver a pensar los problemas***

-Hay que volver a pensar los problemas. Uno de ellos es ver la política como un problema de élites que interactúan de un modo específico o ver a la política como un problema ciertamente de élites, pero también de grupos humanos movilizados mucho más extensos que ellos. La primera alternativa es bastante válida para el siglo XIX, la segunda alternativa es imprescindible para la política del siglo XX. En cualquier caso hoy hay muchos modos admitidos de enfocar un problema.

***-El abordaje de los clásicos permite la posibilidad una mirada más crítica con referencia a los nuevos enfoques y me parece que ayuda al historiador a elevarse a un mayor nivel teórico, es decir, no es que lea la interpretación de "fulano" sino que leo a él y discuto con los distintos debates o las distintas miradas que hay.***

-Igual no te obsesiones con la teoría, la historia es fundamentalmente una práctica. Es una búsqueda de los conceptos, de los instrumentos para resolver problemas concretos de investigación. Nosotros no poseemos solución para la construcción de la teoría con mayúsculas. Tenemos más formación para destruirlas que para construirlas, o sea, más para ver las excepciones que las reglas. Creo que la persona que tiene una tentación teórica, que me parece legítimo y hace historia, está equivocando la profesión; porque no tiene formación para eso. Cuando los historiadores discuten de la teoría de la historia, todos decimos banalidades. La cabeza no nos funciona de ese modo. Yo me doy por satisfecho cuando encuentro una obra de historia que enfrenta en modo satisfactorio un problema y propone respuestas plausibles. Parte del pro-

blema de la nueva historia es que, en muchos casos, no dice nada; lo dice bien, pero no dice nada. Necesitas problemas, preguntas, buenas preguntas, pero necesitas además entrar ahondar, si se quiere "morder" el pasado. Se distingue en seguida, los historiadores que van por la superficie y los historiadores que uno dice, dan una reconstrucción verosímil e interesante sobre una problemática del pasado.

***-¿Y no es el tema de las fuentes uno de los problemas?***

-Aunque los repositorios documentales sean a veces menos extensos y a veces peor ordenados que en otros contextos, no creo que el problema sean las fuentes. Las cosas se hacen con las fuentes que se tienen. O sea ¿mejores fuentes harían mejor historia? No. Mejores preguntas harían mejores historias, más oficio haría mejor historia. El oficio: es algo bastante inasible y en realidad no es transmisible a través de la lectura, ése es el problema.

***-Es a través del hacer, nadie puede contarnos cómo se hace una pregunta, sino hasta que uno...***

-No, la pregunta es tuya, pero el oficio no es tan tuyo, el oficio es transmisión. Transmisión de saberes, de las técnicas y habilidades, y eso se hace lamentablemente en concreto, aprendes a trabajar cuando otros te enseñan a trabajar, no cuando lees un manual de método, eso no sirve.

Yo creo que una de las ventajas de la continuidad es que habrá generaciones que habrán aprendido más cosas y transmitirán a otras generaciones y así serán saberes más acumulativos. Me acuerdo de una anécdota de Halperín, que estudió con Braudel; pero lo que hacía con Braudel era análisis de fuentes, de documentos. Braudel le explicaba trucos que había aprendido tal vez de Febvre y éste de Monod y éste tal vez de Michelet, era acumulativo. En muchos casos, acá pero hoy en día no solo acá, eso no se da. Las personas que están solas en el desierto tratando de orientarse, pierden muchísimo tiempo; creo que la relación clave siempre es una relación maestro-discípulo. Es una relación muy

importante, no como relación de poder, ni como relación institucional sino como relación concreta intergeneracional en torno a un conjunto de saberes acumulados. Saberes: en el sentido de habilidades, no de conocimientos, que pueden ser transmitidos de una generación a otra. Con la gente que yo dirijo, me gusta ir con ellos alguna vez al archivo a ver qué hacen. Dicho esto, la historia se hace con fuentes, también ahí hay otra discusión. No se hace historia mandando a otro a juntar las fuentes al archivo, otras profesiones sí, la nuestra no.

*-Usted mencionaba recién unos trabajos que estaba coordinando, ¿en qué anda en el campo de la investigación?*

-Ando en demasiadas cosas, porque estoy saliendo de algunos temas y tratando de resolver en qué voy a entrar. Colaboro con un grupo del cual yo ya no soy más el director, sino que es un director de Mar del Plata, Julio Melón; están trabajando sobre peronismo; creo que sobre el peronismo hay todavía bastante tela para cortar; bastantes para decir. Un segundo tema relacionado con la cuestión de los archivos, a veces uno se encuentra con un archivo y eso genera la pregunta. Estoy trabajando un poco sobre los católicos sólo por azar; la familia de Dell'Oro Maine, -intelectual católico bastante importante- que fue el primer director de Criterio, ministro de educación de la Revolución Libertadora, me ofreció el archivo. El tercer tema que me gustaría trabajar pero tengo que encontrar el tiempo, es el Estado. Es el tema en el que estamos más atrasados. No del Estado como idea, sino del Estado como administración, como burocracia, como lógica de funcionamiento, como lógica de asignación de recursos, es para mí el gran tema en la Argentina del siglo XX. Entonces, si yo fuera libre de hacer lo que quiero, ese es el tema que haría en concreto. Entretanto lo que estoy escribiendo es una historia de la historiografía argentina junto con dos colegas Nora Pagano y Jorge Myers. Me gusta ir cerrando los temas pero por cierto los temas nunca se cierran. Pero la historia de la historiografía es una de las deudas pendiente que tengo dado que en los últimos veinte años estoy en ese campo. Dejame decir una cosa más sobre las fuentes. Parte de la habilidad está en encontrarlas y parte en valorizarlas; que es una cosa

distinta. Viene a cuenta la historia que contó un profesor italiano, Vittorio Giuntella, que cuando era joven escribió un artículo y luego se enteró que Croce había hecho uno sobre el mismo tema. Me dijo, yo tenía tantos o más papeles y el de Croce, reducido en fuentes, era tanto mejor. También es eso, cómo se pueden expresar las fuentes, cómo se pueden encontrar formas de miraras, cómo se puede resolver sustituir una fuente que no tenemos por otra. Hay personas que tienen una habilidad especial para encontrar las dificultades y menos para explorar las soluciones.

*Por ahí, si nos ponemos a pensar en el objeto de trabajo, el tema de la enseñanza de la historia ¿cómo la ve? ¿Qué percepción tiene sobre esto?*

-Hay dos planos ¿no? Sobre una yo no tengo experiencia, una vez solamente enseñé en el secundario, no fue una experiencia gratificante, así que es un mundo que me resulta bastante ajeno. Tengo ideas que son muy abstractas. Algunas las expuse en eso de las fuentes. Yo creo que lo que se llama la crisis de la historia, no entendida crisis como disolución, sino como momento que exige nuevas síntesis o lo que dicen ustedes, nuevos paradigmas, requiere también repensar lo que estamos enseñando. Entonces requiere pensar, sea la dimensión diacrónica, sea la sincronía entre procesos, lo que yo creo que está en crisis, la herencia del siglo XIX que es el evolucionismo y sus distintas formas, una historia más compleja que la historia que va desde el neolítico hasta no sé, el paraíso de la sociedad futura. La teoría lineal yo creo que es el punto central de lo que está en crisis de los grandes paradigmas.

Está en crisis es una cierta idea de progreso, una idea del siglo XIX, en cualquier vertiente que la quieran tomar; a partir de allí probablemente eso obligue a una reflexión más profunda sobre qué es lo que hay que enseñar y sobre lo que no se tiene que enseñar.

*-Se volverá a la discusión del tiempo*

-En la discusión del tiempo, yo ciertamente soy una persona que cree debe ponerse mucho mayor énfasis en los periodos contemporáneos. Me parece que esto también es parte de cosas que ya dije. O sea, si yo tuviera que contar la historia, la contaría desde el siglo XVIII para acá, lo otro es una curiosidad, es interesante, pero es menos pertinente para explicar el mundo en el que vivimos y de eso se trata ¿no?. Tal vez pondría una materia que no fuese historia, que se llamase cultura general o como quieran, para que la gente sepa algo de los griegos y los romanos o lo que fue el Renacimiento. Pero desde el punto de vista comprensivo, a mí no me parece que sea ya una lectura válida.

*-Porque ¿el riesgo cuál es?*

El riesgo es que la historia esté manteniendo ese cuadro cronológico muy largo y vaya siendo cercenada por los poderes públicos en su lugar en la escuela, en el sistema educativo como está ocurriendo ¿no?

*-O sea, tener que trabajar procesos tan largos con una carga horaria de dos horas, ¿de qué manera me puedo acercar a una mirada comprensiva?*

-Corremos el riesgo de ser sustituidos, suplantados por las ciencias sociales. Es un riesgo real y no depende sólo de nuestra voluntad, sino de que tengamos una propuesta a la altura del siglo XXI, partiendo de que el rol histórico que era formar las naciones, la identidad nacional, etc., ya no es un rol que se asigne a la historia, se le asigna a otros instrumentos, a la comunicación o lo que fuere. Entonces ese rol histórico que le permitió crecer a la disciplina histórica, darle un papel central a la historia en el mundo del siglo XX; central en la perspectiva de las élites y también central para aquéllos que conformaban una posición contraria a las mismas. Ese rol lo hemos perdido ya. Partir de esa comprobación menos omnipotente puede ayudar a repensar la función de la enseñanza de la historia en el secundario.

*-¿Y en qué niveles sería o se cambiaría esta posibilidad? Digamos la identidad nacional ya no es función u objetivo de la historia a enseñar,*

*entonces ¿cuál sería o qué mirada se le puede dar en respuesta a este corrimiento: la historia ya no es para revalorizar lo nacional, lo identitario? ¿Entonces qué?*

-Buena pregunta, si tuviera la respuesta. Dos cosas: una, la otra función es siempre la de crítica. La historia para lo primero que debería servir es para leer el diario. O sea, el historiador es un especialista en criticar la información, esa es su habilidad. Entonces los alumnos deberían desarrollar un pensamiento crítico con respecto a la manipulación de la información de uso cotidiano. En este sentido ese papel ya le estaba asignado a la historia en el siglo XX. Creo que esa dimensión crítica puede ser una dimensión importante. La otra dimensión me parece tiene que ver con la posibilidad de presentar los procesos históricos como parte de múltiples respuestas a los distintos momentos históricos o a problemas sociales; me parece que es una cosa que el historiador debería enfatizar, o sea la pluralidad de itinerarios -voy a agregar civilizatorios- y probablemente esa pluralidad también es la pluralidad de la propia sociedad argentina, una sociedad compleja. Entonces, creo que si apuntamos a la idea de tiempo, a la idea de complejidad, a la idea de multilinealidad y a la idea de crítica, cumplimos un papel, que no será el papel estelar en el escenario; pero que es socialmente fundamental para que una sociedad crezca, a través de ciudadanos que piensen de manera más compleja, de manera más crítica y que admitan más la diversidad. En esto la historia opera como antídoto contra las ciencias sociales, la economía o la sociología clásica, opera como flexibilizador del análisis social.

Otra cosa es la enseñanza universitaria. Ahí yo creo que nosotros no tenemos bien divididas dos funciones que son: la función de formar profesores y la función de formar investigadores. División que probablemente requeriría una estructuración por facultades distintas. O sea, un departamento que podríamos llamar de ciencias pedagógicas o una Facultad que podríamos llamar de ciencias pedagógicas para formar profesores; y otra de filosofía y letras que formasen centralmente investigadores. Sin incumbencias con los contenidos sino con la formación meto-



dológica. Yo creo que tendría que ir por ahí. Porque por otro lado uno de los problemas más graves, yo formé parte muy poco tiempo, de una comisión de estudio sobre la situación de los profesados, es la situación de los profesores de historia que, en cuanto a su formación, es calamitosa. El dato que doy no lo puedo verificar, lo digo de una manera más coloquial que otra cosa. Creo recordar que habría un veinte por ciento de personas que enseñaban historia que no tenían ningún título, y había alrededor de otro veinte por ciento de profesores de futuros profesores que tenía el título de maestro primario. Profesores de institutos de profesorado, no estoy diciendo profesores de secundario. Entonces tenemos una proliferación de profesores, y allí yo creo que sí, nuevamente el Estado tiene que imponer una estructura normativa institucional, que obligue, a mí me parece, a que el profesor de secundaria sea un profesor titulado en lo posible en una Universidad. Soy de la idea de que no tiene que hacer necesariamente la carrera de Filosofía y Letras, sino que hay que crear o hay que dar probablemente a los institutos de profesados prestigiosos, nacionales, etc., pero dándoles una dimensión más universitaria. Creo que ahí avanzamos y podemos tener también mejores profesores o por lo menos mejor formación.

*-Creo que quien tiene buena formación en el objeto, puede pensar en formas diferentes de llegada, de acercamiento. Pero quien no tiene objeto, difícilmente pueda pensar, alguna estrategia diferente para llegar a los adolescentes que parecen son muy diferentes a las representaciones que por ahí tienen los docentes.*

-Absolutamente.

*-Porque no es que no tengan interés en lo político o en lo público, sino que son las formas a partir de las cuales presentamos ese "qué" que posiblemente no lo tenga resuelto quien está haciendo la mediación.*

-Es muy aburrido lo que enseñamos también. ¿Cómo éramos nosotros como alumnos en el secundario? Yo siempre digo: uno, para hacer historia, primero tiene que pensar sobre sus propias experiencias. Me parece que a veces hay como una distancia fuerte entre los educadores y los

educandos, que quizás nosotros deberíamos atender desde la historia ¿no? Y que hace muy difícil crear planos de comunicación que no estén regidos por mecanismos que son disciplinarios o por incentivos externos. Por eso también soy bastante negativo cuando me preguntan sobre cuál es el papel de la historia; entonces, el tema es, si mejoramos la oferta además hay que encontrar los mecanismos de comunicación. En Argentina, más que la nueva escuela histórica, los mitos o relatos nacionales los crearon Sarmiento en el XIX, Rojas y Lugones en el XX, no los historiadores. Tengo experiencias positivas en el sentido que, aunque uno no tenga la respuesta, porque no necesariamente tiene que tener todas las respuestas, puede lograr que el otro se formule las preguntas: Con sólo eso me siento mucho más gratificado que explicándoles "la verdad", porque alguna vez hice eso también. Siendo ahora un poco más autocrítico que a los veinte años, si no sé las respuestas, cuestiono las preguntas.

*-Es interesante ver el problema en el contexto actual de reforma educativa. La situación no es tan simple, la influencia de los medios de comunicación y cómo pensar la figura del docente frente a 30 o 40 chicos, sin recursos. Por ahí también transportar esa inquietud a su punto de vista...*

-Bueno, ahí tenés una respuesta, siempre la relación social concreta es más fuerte que una relación social mediática. Pensalo en la política, el político que hace campaña mediática construye una opinión volátil, el puntero construye una opinión, un vínculo perdurable. Es cierto que es antipático decir que el docente es el puntero, pero lo que quiero señalar es que cuando el vínculo es resultado de una interacción social primaria concreta, ese vínculo, si funciona, es siempre más fuerte que el vínculo mediatizado a través de relaciones impersonales. Entonces yo creo que el docente tiene un instrumento fuerte: es él el que tiene la relación directa.

Por otra parte no hay que olvidar lo que señaló Marc Bloch "Los hombres se parecen más a sus tiempos que a sus padres", o sea que la dimensión del pasado es sólo una dimensión de la experiencia mediatizada por la memo-

ria en este caso pública; privada, etc...; no estoy diciendo que el uso de la memoria es otra cosa, estoy diciendo que hay que pensar más sobre eso, que es lo que pasa y cómo pasa de una generación a otra generación, es decir la relación con nuestra memoria, entendida como recuerdos, como imágenes, entendida como prácticas, hábitos, etc. Creo que un historiador que trabaja el tiempo, debería pensar mucho más sobre ello y que el profesor de historia no menos. Ese es un plano de la reflexión teórica en el cual los historiadores estamos muy, muy atrás, lo damos casi por descontado. La memoria, -fuese social, o individual- no es un simple proceso acumulativo.

*-Claro, hay que construir esa transmisión.*

-Entonces pensar sobre eso, pensar sobre el tiempo entendido en la perspectiva de la transmisión y la memoria, me parece que es un punto central. Cuando digo revisar el sistema educativo en su totalidad me refiero a las primeras instancias de escolarización. Qué es lo que queremos en este contexto del siglo XXI ¿no? Para qué queremos formar y qué queremos formar; ¿se hace desde el centro o desde la periferia?

Es decir, lo hacen los jacobinos o lo hace la asamblea. O sea, un problema también en los mecanismos de decisión que también es un problema, o sea como pasás de una instancia deliberativa a la instancia resolutive. Es un problema de voluntad política pero no sólo de voluntad política del Estado...

También un punto interesante es tratar de ver algunas experiencias comparadas, o sea si hay subsidios para investigación traten de abordar alguna temática comparada, porque a veces tenemos una mirada demasiado centrada en nosotros mismos, son problemas que son nuestros y a veces hay que ver semejanzas y diferencias, cuáles son específicamente ligados a la sociedad argentina, al Estado argentino, a la clase política argentina, y cuáles pueden ser más generales y responden a problemas más profundos de la sociedad contemporánea

Acabo de terminar un libro de historia comparada Argentina-Brasil con Boris Fausto. Brasil es en muchos planos el espejo invertido de la Argentina. Brasil tiene un Estado muy fuerte, pero muy poco inclusivo. En cambio la Argentina posee un estado invertebrado pero a la vez la dinámica de una sociedad movilizadora muy tempranamente; con un imaginario específico democrático, socialmente democrático, no políticamente democrático.

*¿Y desde dónde hay que pensar el Estado?*

Y yo creo que el Estado puede ser pensado en el caso argentino, en torno a algunos ejes. Uno es el de la construcción de las escisiones entre público-privado, y el otro el de los niveles de profesionalización-burocratización, tecnificación, como quiera llamarle. Si querés usarlo en sentido weberiano o si no lo haces en cualquier otro sentido ¿no? El Estado moderno es un Estado racional formal y relativamente autonomizado de sectores sociales. También tiene que ver con mecanismos de reclutamiento, de profesionalización... etc...que en el caso argentino tiene problemas ya históricos desde el XIX, de muy lenta construcción de una administración pública... si en nosotros no existe una figura de funcionario, acá lo de funcionario es una figura social que no existe. A veces ni existe la palabra. Por ejemplo en la universidad los no docentes no se llaman no docentes, en España o en Uruguay se llaman funcionarios.

*-Si, por ejemplo los mecanismos de acceso en España son, rendir por concursos.*

-Concurso, estabilidad y capacitación. Son criterios que a lo mejor existen sectorialmente en el ámbito docente, pero en otros ámbitos no existen para nada; entonces si no tenés eso es muy difícil pensar reformas. Porque tampoco hay instrumentos para llevar adelante estas reformas, yo no estoy acá hablando de gobiernos tecnócratas estoy hablando de que aun la política necesita una tecnocracia para la ejecución política. Una cosa que decía Albert Hirschman es que los recursos en los países periféricos son siempre pocos. Entonces uno de los elemen-

tos claves es cómo optimizar el uso de los recursos. Y no optimizar el uso de los recursos implica un no estado racional. Yo creo que ese es un problema grave a largo plazo, me parece a mí, de la Argentina ¿no? Difícil de resolver pero me parece que por lo menos hay que ponerlo en discusión. Creo que el Estado es visto como algo perdido, algo hostil, ajeno, se ve sólo en cosas obvias como la policía, en los niveles que ha llegado o la justicia.

*Que por lo menos yo que estaba en el ámbito de la educación en el nivel ministerial, si veía la ineficiencia en términos de niveles de comunicabilidad.*

Tenés que ir a Brasil, yo fui evaluador de la CAPES, no digo que los resultados que producen son muy buenos y a veces da la impresión que el capital humano históricamente es mejor que en la Argentina. Pero la CAPES que es la comisión de acreditación de post grado, lo que sería acá la CONEAU, lo tienen hace 40 años. Creo que sería un lindo lugar para mirar desde un ángulo invertido, porque ahí se ven, también los problemas de subdesarrollo que pueden ser comunes; pero aún, de nuevo, volvemos al tema de la multiplicidad de respuestas. Nosotros partimos de que ésta es la situación; estas cosas faltan, pero aún así podemos dar respuestas mejores o peores, o si no queremos hablar en términos históricos de mejores o peores, digamos diferentes, los procesos se construyen de manera histórica, de manera diferente. Cuando decimos América latina, decimos una etiqueta cómoda para pensar procesos históricos vistos desde Europa, pero si no, si vos lo miras desde acá, esto lo que es, es una pluralidad de itinerarios.

Eso funciona bien a nivel de creación del conocimiento, pero dice de dónde estamos. Y eso sí creo que hay una especificidad argentina y es que en el fondo la profesión de historiador no tiene un reconocimiento, ni en cuanto a su especificidad, o sea cualquier "chantún" puede hacerlo, ni tiene prestigio social. Prestigio social quiero decir capital simbólico, no quiero decir otra cosa. Y eso se ve cuando el tipo se muere. Doy un ejemplo y no estoy comparando los dos personajes: cuando murió Bobbio en Italia, bueno yo compré el diario y bueno, las siete primeras

páginas del diario, las siete, todas dedicadas a Bobbio. Eso es impensable en Argentina, o sea, el rol, que es un rol heredado. El capital que tiene, el intelectual, es uno. Acá no es eso, eso es una vara también con la cual hay que contar ¿no? Digo, se murió Tandeter y no salió en ningún diario, apenas una cosita en el suplemento "Ñ" de Clarín.

*Para terminar me quedé pensando, usted quería tomar al estado como objeto, ¿es un problema más bien estructural o hay algún periodo donde se empieza a trazar?*

Bueno ahí te metes en un debate historiográfico, porque los historiadores parten de hipótesis que yo no comparto. Algunos creen que el problema es el peronismo y ello los lleva a una revalorización del proceso de construcción de un estado moderno en la década del treinta. No estoy de acuerdo. El estado que se construye en el 30 es un estado mínimo que necesitan para controlar la crisis pero son antiestadistas. Tenés por ejemplo la creación del Banco Central y lo ponen bajo la dependencia de una asamblea integrada de bancos privados ¿por qué lo hacen? Lo hacen porque tiene una ideología fuertemente antiestadista. Yo creo que nuestro liberalismo no entiende sino hasta muy tardíamente los cambios en el mundo. El problema está en la fuerza de nuestro liberalismo y su confianza en los éxitos obtenidos precedentemente. Desde luego, siempre pueden indicarse algunos sectores modernos pero ese no es el problema, el problema es en términos comparativos. Una golondrina o unas pocas golondrinas no hacen un verano. El problema del historiador es siempre ponderar: hay muchas cosas pero hay que considerar el conjunto. La segunda hipótesis es que todo el estado moderno nace con el peronismo. Desde luego el peronismo tiene cierto diseño sobre todo el primer plan quinquenal y enfatiza mucho más una dimensión clave: la escisión público-privado pero su instrumentación fue muy pobre. Luego además decide identificar a un movimiento político de masas con el Estado. Entonces cualquier idea de una estructura impersonal, no existe. Lo que ahí hay es una identificación peronismo con el Estado. El fascismo italiano, el varguismo en cambio eran estatolátricos, el peronismo no lo era. Por lo demás en nuestra derecha autoritaria son

casi todos literatos de formación, retóricos mientras que la derecha brasileña que está con Vargas tiene otra formación y esas son claves específicas al pensar. Al pensar la modernidad, hay que pensar sociedades complejas y estados complejos y las relaciones entre ambos y pensarlos en el largo plazo, en la perspectiva de un siglo. Una cosa es las funciones que cumple el estado y otra cómo las cumple. Pensemos como funciona nuestro cotidiano y ya ves que las cosas no funcionan. Por ejemplo en la Universidad ¿dónde está el estado? Están los profesores, están los alumnos y cuando hay conflictos uno tiene la sensación de que no hay nada más que grupos y facciones, ni árbitros ni instituciones.

*Bueno pero ahí cual es el imaginario?*

El que creó Mitre, el mito de la futura grandeza del país. La verdad es que no se ha verificado, incluso en los veinte años de democracia en que hemos conquistado o reconquistado tantas cosas. Alfonsín decía "con la democracia se educa, se come etc.". No es verdad, pero la solución no es decir no es verdad sino preguntarse ¿por qué eso no funciona? Esconder las cosas bajo la alfombra no sirve. Preguntarnos sin concesiones ni conformismos tal vez sirva. Si hay algo que el intelectual tiene que ser es ser crítico, no conformista. Ustedes empezaron con la historiografía preguntando sino había mucho conformismo. Supongamos que sí. La solución no es tirar tomates sino hacer mejores preguntas desde indagaciones sin autocomplacencia.